



Cervantes o la permanencia de la amistad

Miguel de Cervantes y Saavedra nos cuenta sobre distintas cualidades donde se hallan los valores lógicos, los éticos, los estéticos, agregando también los de la mística, de la erótica, de la religión.

Entre los problemas planteados está la relación o la falta de relación, entre los valores y los hechos. La afirmación continua de que no hay relación entre los valores y los hechos es paralela a la afirmación de un abismo entre el es y el deber ser.

Y dentro de la aplicación de una visión del mundo más justa y humanitaria, hay unos valores que le ganan a otros, por ejemplo, la lucha contra la discriminación se ha vuelto más importante que la solidaridad.

De esta manera, interpretamos que los seres humanos debemos tratar de razonar los diversos juicios de valor, darles un carácter objetivo, por ello es necesario afirmar la distinción entre lo que es el conocimiento y lo que debe ser, que lleva a la elaboración de las leyes morales.

Por ello desarrolla el tema de la justicia, la verdad, el espíritu humano, la locura, la imaginación, la amistad, el amor conyugal, la moral, el deseo y los afectos.

Miguel de Cervantes Saavedra (1547-1616) Alcalá de Henares- Madrid

En 1605, este hombre de vida difícil, sellada por la mala fortuna, pasa los linderos de la inmortalidad al publicar la primera parte de su novela, *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, un buen hidalgo manchego, don Alonso Quijano, que pierde el juicio a fuerza de leer libros de caballerías, imaginando en su locura ser uno de los antiguos caballeros andantes, sale al campo acompañado de un villano de su lugar, Sancho Panza, que le sirve de escudero, y encomendado al amor de su dama doña Dulcinea del Toboso, corriendo infinidad de aventuras que son otros tantos tropiezos y descalabros con todo lo que encuentra, ya que a todo quiere poner remedio y equidad.

Cervantes quiso pintar la gigantesca lucha entre el idealismo, representado por Don Quijote, y el materialismo, representado por Sancho Panza. Don Quijote aspira a mejorar a la humanidad, a instaurar la justicia y el bien, pero tropieza con la realidad que implacablemente le es adversa. Por lo mismo no sólo es una magnífica obra literaria, sino que sus enseñanzas éticas son esenciales.

Señor Cervantes, ¿existen todavía los héroes o sólo pertenecen al universo literario?

Sí, creo que existen, son aquellos que saben lo que significa encontrar la verdad para vivir, así como la encontró don Quijote, dentro de su locura, la justicia, la verdad. Porque el espíritu humano ha experimentado que la belleza hace buenos, malos, estúpidos y fascinadores. Hace la disección de una oveja o de un penitente y encuentra en ambos sumisión y paciencia. Examina una substancia y descubre que, en grandes cantidades, es un veneno; en pequeñas, un excitante. Sabe que la mucosa de los labios es afín a la del intestino, pero sabe también que la humildad de aquellos labios es afín a la humildad de todo lo santo.

El espíritu deshace, revuelve, y restablece en una relación nueva. El bien y el mal, lo de arriba y lo de abajo no son para él conceptos estéticamente relativos, sino miembros de una función, valores que dependen de la concatenación en que se encuentran.

¿Usted me dice que el espíritu es el verdadero héroe, el sabio?

Ciertamente. Una verdadera sabiduría que se ha quedado como experiencia para la humanidad. Ha aprendido de los siglos que los vicios pueden convertirse en virtudes y las virtudes en vicios, y en el fondo juzga que si en el curso de una vida no se logra hacer de un delincuente un hombre útil, eso no debe imputarse únicamente a ineptitud, a incapacidad.

No reconoce nada como lícito o ilícito porque todo puede tener una propiedad que lo ponga un día en una nueva gran correlación. Secretamente, odia a muerte todo lo que da aires de estar establecido para siempre, los grandes ideales, las leyes y su pequeña impronta petrificada, el carácter pacífico.

El espíritu no considera firme nada, ningún orden: puesto que las nociones pueden cambiar todos los días, no cree en los lazos, y todo posee el valor que tiene solamente hasta el próximo acto de la creación, como un rostro al que se habla mientras cambia cada palabra.

¿Se puede hablar de una inestabilidad del espíritu humano?

De alguna manera, porque el espíritu es el gran fabricante de alternativas, de 'según los casos', pero él mismo no se deja nunca apresar y casi se podría creer que su único efecto es la destrucción.

Todo progreso es una ganancia en lo particular y una desmembración en el conjunto, es un aumento de potencia que desemboca en un progresivo aumento de impotencia, y no se le puede negar.

¿La metáfora de don Quijote y Sancho, como símbolo de Amistad, es también una expresión de ese espíritu que también construye?

El mismo orden que crea ese espíritu del mundo hace posible los encuentros y las separaciones... El encuentro y la separación son dos formas de la amistad y contienen el mismo bien, en un caso en forma de placer, en otro en forma de pena. Muy pronto habrá entre nosotros cierta distancia. Amemos esa distancia totalmente tejida de amistad, porque aquellos que no se aman no están separados.

La amistad es una igualación hecha de armonía, decían los pitagóricos. Hay armonía porque hay unidad sobrenatural entre dos contrarios que son la necesidad y la libertad, los dos contrarios que Dios ha combinado creando el mundo y los hombres. Hay igualación porque se desea la conservación de la facultad de libre consentimiento en sí mismos y en los demás.

Los dos amigos aceptan completamente ser dos y no uno, respetando la distancia que pone entre ellos el hecho de ser dos criaturas distintas... La amistad es el milagro por el cual el ser humano acepta mirar a distancia y sin acercarse al ser mismo que le es necesario como alimento.

Sí. Porque la amistad tiene algo de universal o mucho o todo... Tal vez la verdadera ética se encuentre allí...

Eso es, porque consiste en amar a un ser humano como si quisiese amar en particular a todos aquellos que componen la especie humana. Hasta que se busca un bien en un ser humano, no están presentes las condiciones de la amistad. Es preciso que se haga necesario, que sea una necesidad. Se está entonces a su discreción y se quiere que él esté a la nuestra. Si además, se desea en él la conservación de la facultad de libre consentimiento, he ahí, pues la armonía, la ética. Y la amistad.

¿En una pareja existe la amistad o es más compleja?

En el amor conyugal, si los dos esposos son santos, es amistad entre santos, si lo es solamente uno, el amor anónimo del prójimo, aplicado por uno al otro, es el único factor estable de sus relaciones. Si ninguno de los dos lo es, faltando las condiciones, el amor conyugal se agota y desaparece, a pesar del sacramento. Es decir que la amistad es fundamental para preservar la relación.

Las divergencias en la amistad son preciosas porque obligan a la justicia. No hay justicia sin amor, porque reconocer las distancias de un espíritu distinto de mí, ya sea el prójimo o Dios mismo, y más generalmente reconocer la realidad de un objeto, cualquiera que sea, en el sentido pleno de la palabra realidad, esto es acto de amor.

La alegría es el sentimiento de la realidad. El amor es el reconocimiento y la aceptación de la realidad. Por eso todo amor que no sea imaginario es justicia. Y es infinitamente precioso para los seres humanos que los entresijos de la amistad los obliguen por la violencia a amar lo que es distinto de ellos. Para hacer un pleno uso de este favor, es necesario que las divergencias no disminuyan la amistad y que la amistad no obligue a atenuar las divergencias.

Realmente la amistad es un poder en sí mismo...

Y aun cuando Aristóteles hace bien con advertirnos que la ausencia disuelve la amistad, no es menos cierto, afortunadamente, que el amigo puede influir poderosamente en el amigo aún cuando no se vean con frecuencia. Ni siquiera la distancia en lugares o preocupaciones o fortuna, puede menguar la influencia.

Porque una vez que cualquier hombre tiene verdaderos amigos, nunca vuelve a forjar sus decisiones, ni aún las más secretas, como si estuviera solo en el mundo. Las toma habitualmente en la imaginada compañía de amigos. En su visionaria presencia piensa y actúa, y por ellos como tribunal imaginario, se siente juzgado aun de sus intenciones no expresadas y de sus sentimientos más íntimos.

En este aspecto, la amistad puede convertirse en una fuerza suprema tanto para alentar como para reprimir. Porque lo que importa no es simplemente lo que nuestros amigos esperan de nosotros. A menudo son más tolerantes de nuestras fallas, de lo que quizá sea bueno para nosotros.

Es lo que en nuestros mejores momentos creemos que ellos esperan de nosotros. Porque es entonces cuando se convierten, no porque ellos lo hayan resuelto, sino nosotros, en una especie de segunda conciencia, en cuya presencia nuestras debilidades y tropiezos se vuelven en una especie de sacrilegio que derrumba el altar invisible de la confianza.

Además la amistad se da en las buenas y en las malas...

De acuerdo, yo lo viví cuando estuve prisionero de los moros, sin embargo, entre tanto infortunio, sucedió algo curioso, que hasta hoy en día me da risa, y tiene que ver con la amistad. Usted sabrá que hay medios diversos para librarnos de un sufrimiento moral o físico. En ambos casos los recursos no difieren gran cosa y son realmente eficaces si uno se decide a emplearlos a fondo.

Para evitar los males del alma, tales como la zozobra, la angustia y la desesperación, se usan con frecuencia esos calmantes que elaboran ciertos filósofos o esas drogas que preparan algunos comerciantes. Si al tratar con unos u otros llegamos a arruinarnos, sólo un bien obtendremos ya que la mayoría de

nuestros sufrimientos espirituales deriva de la escasez monetaria y de la pena de no poder alcanzar aquello que anhelamos.

Cuando no se tiene ni una sola moneda ya no se piensa en obtener lo que deseamos. ¡No se demostró con los santos que el deseo engendra dolor! Los otros dos recursos empleados para socorrer las flaquezas del alma y del cuerpo, tienen igual valor. El primero consiste en abandonarte a los designios de Dios, pero esto exige, ante todo, una resignación que no es fácil de tener. El segundo, en rezar con fervor y pedirle a Dios que nos conceda lo que nos falta o nos devuelva lo que perdimos.

Pero estos últimos medios no siempre quedan al alcance de cualquiera. Bien mirado, las armas que podemos esgrimir contra nuestras angustias suelen ser armas de dos filos o demasiado pesadas para nuestros brazos.

Cuando estuve preso de los moros me sometieron a un largo cautiverio, y tuve ocasión de reflexionar sobre la triste condición humana y sobre la impotencia de los remedios con que contamos para vencer las pruebas físicas o morales a que nos vemos sometidos. En verdad, aquella espantosa situación en que me hallaba era favorable a todo pensamiento. Y fue causa de que pudiera comprobar un método curativo que sólo el azar me lo hizo conocer.

Por esos días y sin lugar a duda, yo era uno de los hombres más infortunados. Sepultado en una oscura mazmorra sufría hambre, sed, mal olor y una fiebre que sólo los condenados saben soportar. Todo mi saber, toda mi filosofía no podían ayudarme y por eso, le pedía a la muerte que acudiera, aunque con voz tan débil que no debió oírme. Una mañana en que, a rastras, pude llegarme hasta el vaso de madera que guardaba mi ración diaria de agua, hice un descubrimiento comparado con el cual, el de Arquímedes no tenía valor. En aquel vaso, gracias a un rayito de luz, vi mi rostro reflejado como en un espejo y el esfuerzo que acababa de realizar me devolvía una mueca tal que no pude menos que echarme a reír.

Estaba salvado. ¡Me había reído! ¡Había logrado reírme de mis sufrimientos, de mi destino, del mismísimo infierno! Tenía ahora un remedio infalible y que nadie con todo su oro, hubiera podido pagar. En el sentido propio y en el figurado me reía ahora de mi prisión y de mis torturas. En seguida llevé aquel vaso providencial al único rincón donde podía sentarme. Diariamente me abstuve de apagar mi sed para no quedarme sin espejo, y así que la luz lo permitía, me asomaba a él haciendo muecas que, de inmediato, volvían a hacerme reír. Ya mi martirio carecía de importancia. ¡Reía! Y hasta el alba siguiente me sentía liberado de todas mis angustias. Con gran sorpresa de mis carceleros, que daban mi muerte por descontada, fui capaz de soportar los horribles suplicios que me infligieron. Y su asombro creció al oírme decir que les agradecía el favor que

me habían prestado encarcelándome. Confesaré que me tomaron por loco y no pusieron reparos en soltarme.

Meses después en un viaje, supe en Gorbend que un hombre había sido encarcelado por haber robado un corcel de gran valor, que estaba destinado al sultán. Todo el mundo sabía que el ladrón sería empalado después de un juicio sumarísimo y se dolían de ello pues el hombre había cometido aquel delito sin darse cuenta de su gravedad. Nada me costó conseguir permiso para visitarlo en su prisión. No ignoraba su suerte. De bruces, sobre una estera, gemía sin descanso. Y, al fin, me escuchó. Como no le habían dado ni escudilla ni espejo no podía demostrarle el medio que me dieron tan buenos resultados, pero se me ocurrió decirle que, en el momento oportuno, le hiciera a su juez una mueca horrorosa.

-Nada arriesgas- le dije- porque no creo que exista mayor suplicio que el empalamiento y, en cambio, quizá logres la salvación. Me resultó bien difícil enseñar a aquel desgraciado que respondía a mis frases con quejas lastimosas. Pero al cabo, a fuerza de paciencia pude convencerle.

Al día siguiente, a la hora de la oración tercera, compareció ante el juez que resultó ser el más temido de toda la comarca y que, por si algo faltaba, estaba rojo de ira. No tardó en dictar sentencia. 'Al ponerse el sol serás empalado'. El condenado, tal como le dije, metió sus meñiques en la boca, tirando de sus comisuras. Con los cordiales giró los ojos hacia las sienas y, bien bizco, se quedó mirando al juez. Fue un efecto inmediato. El personaje rompió a reír y conmutó la pena por tres meses de cárcel.

Ahora usted, ya sabe, que no sólo del sufrimiento salió don Quijote, sino de la imaginación, la locura y el humor, el saber reírse de sí mismo, elimina todas las desventuras.

¿La amistad es misteriosa y relativa, incluso salva vidas?

De cuantos sentimientos plantara el Creador en nuestros corazones, la amistad es el que menos podemos explicarnos y el único que distingue hombre y bestia, dejando aparte el perro, porque este animal posee el sentimiento del amor desinteresado en grado que llega al sacrificio, hasta no sobrevivir, en ocasiones, a la muerte del amo.

Amamos a los padres, porque son nuestros padres, y a nuestra progenie porque es nuestra progenie. Amamos también a los hermanos y hermanas, porque son nuestros hermanos y hermanas. A una mujer la queremos y nos quiere, contando desde cierta edad- ¡Dios, tú sabes el por qué mejor que nosotros! – Y todos estos amores dejamos que se deshagan bruscamente un día cuando no hay otras

razones que nos obliguen a continuarlos. No obran de otra suerte los animales en esto. Por lo tanto, no es cosa que nos envanezca.

Mas, ¿Por qué nos prendamos de un hombre, de un desconocido, con el que ni siquiera llegamos a entendernos? ¿Por qué nos ponemos a quererle, hasta el punto de no poder vivir sin su compañía? Le miráis a los ojos parecidos a los vuestros, y en ellos encontráis lo infinito de vuestros deseos.

Una amistad así sólo se encuentra una vez en la vida y sobreviene cuando comienza o nunca. El que la conoció toca lo absoluto, ya puede la existencia darle a beber sus hieles cuanto le plazca. Seguirá siendo bueno. Y el desdichado que no llegó a conocerla, volverá aquí abajo, hasta que el corazón se le abra en ella, después de lo cual tendrá conquistado un puesto en la vida eterna.

Sonetos de Miguel de Cervantes Saavedra

Soneto

*Almas dichosas que del mortal velo
Libres y esentas, por el bien que obrasteis,
Desde la baja tierra os levantasteis,
A lo más alto y lo mejor del cielo.*

*Y, ardiendo en ira y en honroso celo,
De los cuerpos la fuerza ejercitaste,
Que en propia y sangre ajena coloraste
El mar vecino y arenoso suelo;*

*Primero que el valor faltó la vida
En los cansados brazos, que, muriendo,
Con ser vencidos, llevan la Vitoria.*

*Y esta lustra mortal, triste caída
Entre el muro y el hierro, os va adquiriendo
Fama que el mundo os da, y el cielo gloria.*

Soneto

*De entre esta tierra estéril, derribada
Destos terrones por el suelo echados
Las almas santas de tres mil soldados
Subieron vivas a mejor morada,*

*Siendo primero, en vano, ejercitada
La fuerza de sus brazos esforzados,
Hasta que, al fin de pocos y cansados,
Dieron la vida al filo de la espada.*

*Y éste es el suelo que continuo ha sido
De mil memorias lamentables lleno
En los pasados siglos y presentes,*

*Mas no más justas de su duro seno
Habrán al claro cielo almas subido,
Ni aun él sostuvo cuerpos tan valientes.*